

BENIN 2018

Este verano ha sido un verano que nos ha dejado huella. Veinticinco voluntarios decidimos ir con fundebe a Benin y, ni siquiera nosotros fuimos conscientes de lo que iba a suponer para nosotros mismos esta decisión. Desde el momento en el que pisamos el país, supimos que aquello iba a ser especial. En el primer trayecto ya nos tenía impresionados África, un lugar tan distinto al nuestro, envuelto en el ruido de los vendedores de pan o gasolina embotellada, o el ruido de las múltiples motos que llevaban a familias enteras o a grupos de amigos enteros sin poner problema al camino de tierra con sus baches y huecos. Nosotros tampoco pasamos desapercibidos, ¡éramos bature!

Bature significa "blanco" en bariba. Para los voluntarios, bature no se quedaba solamente en esa definición. Todos recordamos aún cómo los pequeños de Nikki salían corriendo de sus casas gritando: ¡Bature! ¡Bature! Y nos saludaban sin quitar un milímetro su sonrisa. Eso es lo que significaba para nosotros "bature", "sonrisa".

Fueron tres semanas de duro trabajo. Primero estuvimos en el sur del país. Estuvimos ayudando a unas hermanas agustinas con personas discapacitadas o que no tenían familia donde acobijarse. Fueron cuatro días intensos, pero con un impacto impresionante. Aún recuerdo el primer día, casi ningún niño quería venir, estar o jugar con nosotros, pero entre bailes, cánticos, paseos y juegos, poco a poco todos estaban con nosotros, hasta los más difíciles que no solían estar acompañados, terminaron por tendernos la mano.

Con aquella ilusión fuimos al norte, donde está el colegio de Notre Dame du Mont Carmel, (Nuestra Dame du Mont Carmel), de FUNDEBE. Si ya era difícil superar aquellos días, Nikki lo hizo posible. Los primeros días no fueron fáciles, hemos de admitirlo, no estábamos acostumbrados a quiénes eran los niños, cómo trabajar en cada cosa entre nosotros, no estábamos hechos con el lugar, como quien dice. Aun así, fue cuestión de tiempo que ya estuviésemos con las pilas puestas para hacer de nuestro voluntariado el mejor posible.

Los voluntarios que daban clases, las preparaban e iban a las clases de diferentes cursos, desde primaria hasta bachillerato. Daba igual que fuese inglés, francés, español o informática, todos los niños disfrutaban de esas clases. Los voluntarios las hacían especiales porque eran diferentes a lo que estaban acostumbrados y, además, aprendían, porque exámenes no faltaban.

Los de medicina iban al hospital y aportaban aire fresco a los pacientes y a los propios médicos. Ayudaban con lo que sabían y no había día que no volvieran contando todo lo que habían hecho y visto. Por la tarde, aún tenían fuerzas para ayudarnos a los voluntarios que llevábamos campamento. Estábamos con los más pequeños. Cuando se incorporaban los médicos, nosotros ya habíamos hecho un taller con juegos para que aprendieran a trabajar en equipo o pensar con lógica. Continuábamos enseñándoles con un proyecto, para que vieran de qué manera podían mejorar algún problema del día a día: reciclar la basura de casa, prevenir la malaria, mejorar la limpieza de la casa...

El día terminaba con la misa diaria, que terminaba de dar sentido a todo lo que estábamos haciendo. Al fin y al cabo, Dios nos acompañaba en aquella experiencia, y era el miembro veintiséis del grupo.

Las veladas, las excursiones del fin de semana y los ratos libres también consiguieron que formásemos un grupo muy unido. Todos podemos decir que nos llevamos verdaderos amigos de este viaje.

Así, como los niños de Ouidah nos tendieron la mano, nosotros fuimos capaces de tendérsela a los niños de Nikki. Y estos la aceptaron. Aceptaron aprender, jugar y trabajar, pero siempre con una sonrisa. Al estilo "bature".

Gadea Rguez. Laguens